

La Verdad de Cristo Nos Hace Libres

Andrés San Martín Arrizaga

2007

Juan 8:31-37

Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre. Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais. Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios; no hizo esto Abraham.

El Deseo de libertad es natural en el hombre. Ejemplos de hombres que dieron sus vidas por la libertad hay millones. Guerras se han llevado a cabo en nombre de la búsqueda o lucha por la libertad. Es una realidad que todavía hoy existen personas que no son libres. No me estoy refiriendo a personas que estén presas literalmente, ya sea por haber cometido un crimen o injustamente. Ni tampoco a países que estén subyugados bajo algún régimen totalitario. Lamentablemente hoy en día la libertad se asocia con un libertinaje, una libertad que no va unida a responsabilidades. Pero Cristo nos hizo libres de otra manera. No de una forma humanista, que se centra solo en lo que el hombre puede hacer supuestamente por sí mismo. Nosotros somos libres por un motivo muy concreto: porque como cristianos hemos conocido la verdad. Y ¿cuál verdad? En nuestros días todo suele ser relativo, incluso en el cristianismo. A aquellos que afirmamos creer en doctrinas firmes basadas en la Biblia se nos tilda inmediatamente de “fundamentalistas”, unos al queda cristianos. Por lo tanto Cristo aquí nos dice que la libertad que las personas tanto ansían está necesariamente unida al conocer la verdad. Y esa verdad que el evangelio nos muestra, nos hace libre para muchas cosas, tanto como personas así como cristianos.

Primero que todo nosotros podemos ser discípulos de Jesús. ¿Y qué es ser discípulo? Jesús dijo: “Si vosotros permanecéis en mi palabra”. El verbo “permanecer”, especialmente en Juan, no significa una mera continuidad, sino una comunión y hasta una mutua inminencia. Permanecer, pues, en la palabra de Jesús es identificarse con ella y hacer de ella la norma de

nuestra vida. Esta vida de obediencia, de seguimiento constante del Salvador, es lo que hace de una persona un verdadero discípulo de Cristo.

También al ser libres tenemos el privilegio del verdadero discípulo de Cristo: “Y conoceréis la verdad”. Tanto el verbo “conocer” (ginoskos) como el sustantivo “verdad” (aleitheias) significan para un judío mucho más de lo que significan para un filósofo occidental. “Conocer” es tener experiencia personal con el objeto conocido y, si se trata del conocimiento de Dios, sólo puede obtenerse por revelación e implica la respuesta a un previo conocimiento y amor por parte de Dios. La “verdad”, en sentido bíblico, no es tampoco un fruto intelectual: “la adecuación de la mente al objeto” como la definían los filósofos escolásticos, sino la “sabiduría de Dios, hecha norma de la vida humana” (1ª Juan 2:4: “El que dice yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso. Y la verdad no está en él”). Así se entiende mejor “Yo soy...la verdad”, la Sabiduría de Dios encarnada. Isaías 55:8: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos; ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová”, tiene una perspectiva apropiada de Dios, del mundo y de sí mismo, pues verá las cosas en su verdadero color y les dará el aprecio que corresponde al verdadero valor que tienen. Esto es lo que se suele llamar una correcta “escala de valores”.

De la misma manera al ser libres poseemos la felicidad del verdadero discípulo de Cristo: “Y la verdad os hará libres”. Los seres humanos aman la libertad; pero, al ignorar la verdad, desconocen la verdadera libertad. En efecto, la verdad que santifica nos libra de la ignorancia y del pecado, que son los dos enemigos de la libertad; la ignorancia lo es porque impide ver la realidad, el genuino valor de las cosas; el pecado lo es porque es el fruto de la concupiscencia, de la pasión desordenada. El pecador es esclavo del pecado, porque es seducido y atraído por la pasión, en lugar de ser él el dueño, el controlador, de sus pasiones; en vez de ser el caballo el que obedece al jinete, es el jinete quien está a merced del caballo desbocado, por no saber o no poder, manejar el freno. La mejor expresión de la libertad es el servicio (Gálatas 5:13: “Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros”), la disposición a servir, por amor, a los demás, nos libera del peor enemigo de la libertad, que es el egocentrismo, por el que el hombre pierde su vida en un intento falso de salvar su “yo”. La proliferación moderna de toda clase de neurosis se debe, al incremento del egocentrismo. Sólo el amor “ágape” nos proporciona la verdadera libertad, según la famosa frase de Agustín de Hipona: “Ama y haz lo que quieras”, pues el amor del que Agustín habla no es el amor erótico, sino el amor generoso, desinteresado de sí mismo, que nuestras Biblias solían traducir por “caridad”, pero este vocablo ha perdido su sentido original y suele entenderse por “limosna”. Lo que Agustín quería dar a entender es lo mismo que dice Pablo en Rom. 13:8; Gál. 5:14 : “El que ama a cumplido la ley”; y el que ha cumplido la ley, se ha liberado de toda “obligación”, pues el amor rompe las ataduras del deber al ir mucho más lejos de lo que se “debe”. La verdad de Dios, llevada a la práctica, proporciona verdaderamente la libertad, pues extirpa los prejuicios, los errores, las falsas nociones y restablece al ser humano el dominio de sí mismo. La mente se ensancha con el progresivo conocimiento de Cristo (2 Corintios 3:17: “Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad”), el corazón se ensancha para cumplir mandamientos divinos y servir por amor a nuestros hermanos y al prójimo.

Pensemos en la ofensa que estos judíos recibieron al oír esta enseñanza de Cristo: por eso ellos le respondieron: linaje de Abraham somos y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?”(v. 33). Veamos aquí:

1. Qué es lo que les ofendió: La frase “la verdad os hará libres”.

2. Qué es lo que alegaron en contra: “Linaje de Abraham somos”. Es muy frecuente en familias que han degenerado de su linaje el jactarse de la gloria y de la dignidad de sus antepasados y tomar prestado del blasón familiar un honor al que ellos hacen deshonra. Esto es lo que los judíos hacían al apelar al patriarca Abraham, como si la fe y la obediencia del gran amigo de Dios pudiese expiar por la falta de piedad que ellos en ese entonces mostraban. Juan deja claro que la dignidad de Dios no se adquiere por herencia. “No todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham son todos hijos”, puesto que “de las piedras puede Dios levantar hijos a Abraham”.

La libertad de que estos judíos se jactan no podía ser la libertad política, ya que no podían olvidar haber sido esclavos de Egipto, Babilonia, Persia, Siria y, actualmente, Roma; tampoco podían pensar en la libertad social, pues muchos judíos habían sido esclavos. Pensaban, sin duda, en la libertad espiritual, al ser descendientes de Abraham, con quien Dios había establecido el pacto de gracia y a quien había otorgado las magníficas promesas, por las que de la descendencia de Abraham saldría la salvación, y ellos, los israelitas, serían una raza escogida, una nación santa, con un sacerdocio regio y el privilegio de ser posesión del verdadero y único Dios (Deuteronomio 7:6: “Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra”). Pero todos estos privilegios de nada servían a quienes se negaban a creer en el Mesías, puesto que por las obras de la Ley no podían ser justificados delante de Dios. Sólo la verdad que Cristo proclamaba podía conferirles la verdadera libertad, pero el corazón de ellos estaba endurecido, de tal manera que la esclavitud del pecado, la cautividad bajo Satanás y la libertad del amor les sonaban extrañas a los oídos de ellos.

También Cristo hace una reivindicación de su doctrina en los versículos 34-37. Les muestra que hay una esclavitud de la que ellos no se querían percatar: “Todo aquel que hace pecado es esclavo del pecado” (v. 34b). Nótese que el verbo está en presente, implicando una práctica habitual, es decir, “el que vive en pecado”, no el que cae algunas veces en pecado. El prefacio con que Jesús introduce esta declaración es que usa en otras solemnes ocasiones: “De cierto, de cierto os digo”. Es el estilo de los profetas de antaño, pero ellos decían: “Así dice Yahweh”, porque eran siervos fieles; pero Cristo es el Hijo y puede hablar en su propio nombre: “Os digo”. Obsérvese igualmente que Jesús hace una declaración universal: “Todo aquel que hace pecado”: todo pecador habitual es un esclavo de su pecado, de su vicio y, con mucha frecuencia, lo confiesa al exclamar cuando alguien le exhorta a dejar el vicio: “no puedo”. Es un esclavo, porque se deja dominar por su amo (Romanos 6:16: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquél a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?”). Como expone maravillosamente Pablo, el ser humano no puede escapar de servir a alguien, ya que es autónomo, puesto que no es autosuficiente; todo depende del amo a quien sirve; servir a Dios es reinar, pues implica obediencia a una voluntad infinitamente santa, sabia y poderosa y llega a ser “imitador de Dios”; pero el que comete pecado se hace esclavo del diablo, quien no solo engaña, sino también es un mal pagador, puesto que “la paga del pecado es muerte”. Ya que de servir no hemos de escapar, y no podemos servir a dos amos, sirvamos al que, como fruto nos da la santificación, y como recompensa final la vida eterna (Ro. 6:22). Esta elección de amo a quien servir es lo que hoy se llama, mejor que “decisión”, “opción fundamental” para toda la vida y cada ser humano.

Jesús les muestra que el ocupar un lugar privilegiado en la casa de Dios no les da derecho a ser herederos de Dios, puesto que “el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre”. Una persona puede servir como esclava muy fielmente durante toda su vida, pero eso no lo convierte en propietario, todo depende de la gracia del amo.

Les muestra igualmente cuál es el camino de la libertad. El caso de los que se hacen esclavos del pecado es verdaderamente triste, pero, gracias sean dadas a Dios, no es desesperado y sin remedio, ya que el Hijo tiene el poder y la autoridad para otorgar a todo creyente arrepentido, no sólo la libertad, sino también la adopción de hijos: “Así que, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres”.

Vemos aquí:

(A) Que Cristo, en su Evangelio, nos ofrece la libertad: (a) en la justificación, nos abre las puertas de la cárcel, porque, al haber ofrecido satisfacción por nuestros pecados, nos ha descargado de la deuda. Cristo, como fiador, mediador y sustituto nuestro, borra nuestra deuda en la cuenta de Dios, quien es nuestro acreedor, y cumple de manera sobreabundante con las demandas de la santidad de Dios en contra nuestra; (b) en la satisfacción, rompe las cadenas de esclavitud mediante la obra poderosa del Espíritu Santo, con la cual el alma adquiere la libertad al quebrantarse el poder corruptor del pecado y ser reunidas y vigorizadas las fuerzas de la razón y de la virtud; © en la adopción, nos confiere la nacionalidad y ciudadanía de la patria celestial a los que éramos extranjeros y advenedizos (Efesios 2:12: “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos de los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”), lo cual es una nueva gracia, con un nuevo título de privilegio además del perdón de los pecados.

(B) A los que el Hijo liberta, los hace realmente libres. En efecto, el discípulo ha de ser verdadero, porque en el sujeto se requiere veracidad, sinceridad, fidelidad, pero la libertad que Cristo da es real, puesto que no es una cosa imaginaria, una fantasía, de la que los judíos se jactaban, sino un producto intrínsecamente auténtico, sin fraude, sin mezcla, sin engaño; es una libertad digna del nombre que lleva, pues corresponde totalmente al concepto más puro de la cosa significada; es una libertad gloriosa; es algo sustancial, mientras que las cosas de este mundo son meras sombras, que sólo pueden prometer una libertad ficticia.

Cristo aplica después esta noción de libertad a la falsa jactancia de ellos: “Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros”. Aquí vemos:

(A) Que Jesús admite el privilegio del que ellos se jactaban: “Sé que sois descendientes de Abraham”, descendientes físicos; no les llama “hijos”. Ellos se jactaban de ser “linaje de Abraham” (v. 33), como si con ello se engrandecieran a sí mismos, cuando lo cierto es que eso mismo agravaba su pecado.

(B) Que Jesús les muestra la inconsecuencia de la conducta de ellos en relación con la dignidad de que se jactaban: “pero procuráis matarme”. Lo habían intentado ya varias veces, y ahora lo procuraban también.

(C) Que Jesús les muestra el motivo de esta inconsecuencia: “porque mi palabra no halla cabida en vosotros”. La palabra de Dios desciende como lluvia que irriga la tierra, pero el corazón de estos era como una roca por la que el agua resbala sin dejar que penetre una sola gota. ¿Cómo podía hallar cabida la palabra de Cristo en unos corazones que estaban llenos de odio y de venganza? Sin embargo Cristo les trae la verdadera libertad, unida a la verdad. Ya no se trata de ser o no descendiente de Abrahán, ahora se trata de tener o no la gracia de Cristo. Esa gracia es la verdadera libertad.

La palabra de Cristo requiere un lugar en el corazón, no sólo para morar como en su propia casa, sino también para obrar, lugar donde implantar la gracia y expulsar el pecado, y para reinar, haciéndose norma de nuestra vida. Hay muchos que profesan ser creyentes, pero no dejan lugar a la Palabra de Cristo para que obre, porque tienen el corazón ocupado por otras cosas. Ahora bien, donde la palabra de Jesús no tiene cabida, nada bueno puede esperarse, ya que quedará demasiado espacio para toda clase de iniquidad. Pero el Espíritu y la Gracia de Dios están con nosotros, nos ha dado la verdad libertadora del Evangelio, la cual nos hace dignos de hacernos llamar Hijos de Dios comprados bajo el precio de la cruz del calvario. Esa es la más grande verdad, pues nos da lugar a la libertad del pecado, la única libertad que el hombre realmente necesita, la libertad que solo la luz del evangelio nos puede entregar.